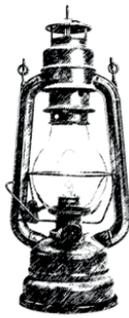


EL UMBRAL DE LOS ENSUEÑOS



Gerard M. Luckson

@gerardmluckson



GERARD M. LUCKSON

Nací con el despertar de la primavera, una mañana soleada de viernes, en 1979, a los pies de los bosques del Montseny.

Se podría decir que tuve una infancia más o menos normal, excepto por un hecho que marcó mi vida desde muy pequeño: un lobo. El lobo que me atemorizaba cuando jugaba indefenso en la casa de bosque de mis abuelos. Recuerdo cómo se me acercaba gruñendo y exhibiendo sus húmedos e iracundos colmillos blancos. Sus ojos amarillentos se clavaban en los míos y casi podía sentir sus horribles deseos. Mi abuela, una mujer de campo, armada con un bastón grueso de avellano, venía en mi ayuda y, protegiéndome tras su espalda, se enzarzaba en una especie de disputa en la que siempre vencía ella, y le hacía retroceder hasta que desaparecía entre la maleza enmarañada.

Una tarde cálida de octubre, cuando apenas tenía cuatro años, presencié como le abatía un cazador y se lo llevaba, arrastrándolo por la tierra seca del sendero. Su espléndido y denso pelaje marrón y gris quedó mancillado por el polvo y sus ojos perdieron toda la osadía. Me sentí aliviado, pero lloré su muerte y oí a aquel orgulloso y engreído cazador que alardeaba de una hazaña sin mérito.

Durante semanas añoré su compañía que, aunque peligrosa, había formado parte de mi vida desde que tengo memoria.

Para mí, el cuento de la Caperucita roja siempre ha sido especial. Y, de alguna manera, aquel lobo que quizás solo se me acercaba para decirme algo, despertó en mi interior cierta admiración por lo misterioso y lo enigmático que se refleja en estos escritos.



Gerard M.Luckson

Sígueme instagram:

@gerardmluckson

Escríbeme, si quieres comentarme algo:

gerardmluckson@gmail.com



En mi mundo la música y la literatura van de la mano. Leo y escribo con música siempre que puedo. La melodía y el ritmo me transportan a otros mundos donde la creatividad se mezcla con la armonía.

Muchos de los relatos que se incluyen en este libro han sido imaginados o escritos escuchando varios temas musicales que he recopilado en una playlist de Spotify. Si os apetece, la podéis escuchar a través del siguiente enlace o código QR.

www.gerardmluckson.com/playlist-umbral



EL UMBRAL
DE LOS
ENSUEÑOS

Gerard M. Luckson



Primera edición: abril de 2024

© Gerard M. Luckson, 2024

© De las ilustraciones, Gerard M. Luckson 2024
Ilustraciones creadas a partir de fotografías de Gerard M. Luckson,
Freepik.com y de Pixabay.com.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A quienes creen que los sueños
pueden ser una puerta a otros mundos.

ÍNDICE

Cascabel carmesí	19
El perro muerto	21
Golondrinas bajo la luna	35
El espectáculo	39
Dulce costurera	43
Una cajita polvorienta	47
Un lugar perfecto	49
La carretera	58
Besos de amapola	61
Moscas ajetreadas	63
Pecas	67
Soledad	68
Carboncillos	71
El llanto	77
Ojos tintos	81
Brujas	85
Fuegos artificiales	87
Bodas de plata	92
Manzana de caramelo	93
El musgo	97
Aguja en el corazón	101

Siete segundos	103
Botellines de cerveza	121
La cita	122
Chocolate amargo	125
La muerta	129
Autobús 56	131
Perfume de cereza	135
Monedas	137
Recóndita laguna	141
Descuido	145
Tres pares de labios	147
Bajo el agua, sin parpadear	149
Maldita botella	169
Susurros	170
Nanas	173



NO NOS ASUSTA
LO QUE VEMOS,
NOS ASUSTA
LO QUE CREEMOS
QUE VEMOS.



CASCABEL CARMESÍ

Era delgada, menuda y su mirada derramaba un encanto enigmático. Llamó a la puerta de madrugada, aunque no la esperaba esa noche. Unas medias oscuras cubrían sus piernas hasta las posaderas y bajo su caprichoso mentón un cascabel carmesí brillaba tanto como su pícara sonrisa. Su mirada me sedujo y la dejé entrar, esperando que mi esposa no se despertara.

Me recostó sobre la alfombra y brincó con fuerza sobre mi vientre, como una gata sobre su presa. Solté un gemido de dolor, pero sus delicados besos calmaron el golpe y sus ojos ardientes desataron mi deseo. El cascabel tintineó hasta el amanecer, derramando lujuria y exhalando éxtasis. Los primeros rayos de sol disiparon su sonrisa, el cascabel se desprendió de su cuello y el alba me envolvió en sueños eternos.

Nunca imaginé que la Muerte sería tan dulce y seductora.



EL PERRO MUERTO

El grito de Emma detuvo nuestro partido. Sus coletas revoloteaban en el aire como dos mariposas inquietas mientras corría hacia nosotros con una sonrisa que parecía esconder algo importante. Vestía un mono corto, de color azul cobalto, que dejaba al descubierto las heridas reseca de sus rodillas; ella misma lo había recortado. Sus zancadas eran largas y ligeras, y sus zapatillas blancas parecían volar sobre la sedienta hierba de finales del verano.

—¿No seréis unos gallinas? —añadió después de proponernos ir a ver «algo que no olvidaríamos jamás».

Traía una cámara; la Polaroid Impulse de su padre. La había cogido a escondidas para capturar «aquello» que íbamos a ver y que no nos quería adelantar.

Su impulsividad me desconcertaba. Era temeraria e imprudente, pero a mis doce años ya sentía cómo su mirada encendía algo en mi interior que agitaba los barrotes donde encerramos nuestros deseos más arriesgados.

Cogió mi mano y tironeó. Sabía que si yo la seguía, los demás también lo harían. Lo que no sabía era que yo la seguiría a cualquier lugar, incluso cruzaría el barranco de la Viuda por el

árbol caído, si me lo pedía.

La seguí, expectante como los demás, deseando que no soltara mi mano, imaginando echar a correr con ella hasta el anochecer y dormirme a su lado sintiendo la tentadora caricia de su aliento a chicle de fresa ácida.

Nos llevó al número 136 de la calle Ridge; una callejuela húmeda y sinuosa que desembocaba en el ayuntamiento, y nos detuvimos frente a la barbería de Louis Witman.

La ventana del establecimiento era lo suficiente ancha como para que los cuatro pudiéramos ver el interior y lo bastante baja como para que Neil, el hermano pequeño de Oliver, también pudiera restregar su mocosa nariz en el cristal.

En el viejo sofá, dos jubilados, que no necesitaban corte de pelo, discutían sobre la elección del nuevo alcalde. A uno de ellos lo conocíamos, era el señor Molina, el antiguo conserje de la escuela, y hacía revolotear sus manos en el aire mientras alzaba la voz en contra del candidato más joven, como si su vida estuviera en juego. Junto a ellos, un hombre a quien no reconocí esperaba su turno observando piernas largas y ropa ajustada en una revista que la brisa del ventilador colgado del techo intentaba censurar.

Emma se giró y miró hacia atrás, inquieta, con el dedo índice sobre el gatillo de la cámara, apuntando hacia el interior de la barbería, preparada como un vaquero en un duelo de honor

del lejano Oeste. Pensé que miraba hacia atrás porque esperaba a alguien, pero luego me percaté de que entre las ramas del gran árbol de la esquina se veían la esfera y las agujas del reloj de la torre del ayuntamiento. Eran las 17:15.

—No falta mucho —nos avisó.

Louis, el barbero, había ignorado nuestra presencia; estaba acostumbrado a vernos merodear por allí, esperando que alguno de sus clientes compartiera con nosotros el palo de regaliz que regalaba con cada corte de pelo. Bajo las letras blancas, pintadas con esmalte acrílico sobre el ventanal de la barbería, asomaban nuestras cuatro cabezas. Tres niños y una niña que esperaban que ocurriera algo, sin saber el qué, todos excepto Emma.

No habría sido la primera vez que nos tomaba el pelo, pero sabíamos el mal genio que se gastaba su padre y si se había atrevido a coger su cámara de fotos, es que se trataba de algo gordo de verdad.

Hacía sólo dos semanas que nos había llevado a ver el perro muerto; al otro lado de la carretera, en un pequeño bosque poseído por el zumbido de los camiones al pie del monte Brucks. Y aquello había sido verdad. Los miércoles, Emma iba a clases de piano. La señora Maurier la recogía de la escuela y la llevaba en su Renault 4 marrón canela a una pequeña casita en la vieja colonia, y en ese trayecto había visto lo que parecía el

cadáver de un perro acostado entre los árboles, mientras comía un bocadillo de paté de hígado de cerdo y la señora Maurier intentaba que escuchara una sonata enlatada en los altavoces del coche. Esa misma tarde, cuando regresó, nos propuso ir a ver el cadáver. Era un perro salvaje, de un tamaño considerable y de pelaje pardo. Yacía sobre la suave alfombra de agujas caídas de los pinos. No se movía, no respiraba y sus ojos, abiertos e inflamados, supuraban un líquido amarillento. Cogimos ramas con la intención de darle la vuelta y comprobar si su vientre ya estaba lleno de gusanos, como predecía Emma. Empujamos con fuerza. El cuerpo estaba rígido y pesaba más de lo que parecía. Apenas se movió, pero destapamos algunas larvas blancas y pringosas que se retorcían bajo el pelo polvoriento y resinoso.

Neil exhaló un grito; una mezcla de asco y curiosidad. Era la primera vez que veíamos un animal muerto, al menos de esas dimensiones, y todos imaginamos su vientre vacío de vísceras y sirviendo de hogar a la comunidad de invertebrados.

Emma se agachó frente al cadáver, cogió una rama mucho más gruesa y resistente y la hundió por debajo la garganta con la intención de hacer palanca y conseguir darle la vuelta. Sus dos manos agarraron con fuerza la crujiente corteza del palo. Hundió tanto la mano que sus nudillos acariciaron el pelaje del perro y lanzó un carraspeo de repugnancia. Los demás hicimos lo mismo; cogimos ramas más largas y las hundimos

EL UMBRAL DE LOS ENSUEÑOS

Gerard M. Luckson

@gerardmluckson



Disponible en:

www.gerardmluckson.com

y en Amazon